



I

## LOS ORIGENES. ARRIERO Y ESTUDIANTE

En la ciudad de Valladolid, provincia de Michoacán en la Nueva España, el día 4 de octubre de 1765, el bachiller teniente de cura don Francisco Gutiérrez de Robles bautizó al infante José María Tecló y anotó en el acta respectiva... “exorcisé solemnemente, puse óleo, bauticé y puse crisma a un infante que nació el día treinta de septiembre... hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pavón, españoles; fueron padrinos Lorenzo A. Cendejas y Cecilia Sagrero...”

Este documento, así como las declaraciones posteriores del propio José María Morelos, debían hacer que se le tuviera por criollo. Pero algunos historiadores no se conformaron con reconocer sangre española pura en el que habría de llegar a ser uno de los más temibles enemigos de la dominación de España en América. La fuerza del acta de bautismo, así como el dicho de Morelos, quedan debilitados por la costumbre de ocultar en aquella época la verdadera procedencia étnica, pues fuera de la gran masa indígena se declaraba o se anotaba automáticamente la designación de “español”. Alamán afirma que Morelos procedía por ambos orígenes de una de las castas mezcladas de indio y negro, pero no apunta ninguna prueba y se atiene probablemente a testimonios verbales o referencias sobre el aspecto físico.

La calificación de “españoles” no tenía en aquellos tiempos una connotación racial, sino más bien política y por lo tanto podía aplicarse a todos los súbditos del rey de España, incluyendo a la gente de las posesiones ultramarinas que habían tomado rango de partes integrantes del imperio. La distinción más usual era entre “europeos” y “americanos” y en el lenguaje usual se multiplicaban las subdivisiones

de criollos, gachupines, mestizos y demás castas, además de los naturales o indios con sus innumerables variaciones regionales.

Don Manuel Orozco y Berra, en su *Diccionario universal de historia y geografía*, informa que los padres de Morelos vivieron en la hacienda de Sindurio, propiedad de los padres agustinos, cerca de Valladolid y después en una pobre casa donde don Manuel Morelos se dedicó a su oficio de carpintero, en la cuadra siguiente a la Capilla del Prendimiento. Murió don Manuel cuando su hijo José estaba apenas en los primeros años de las enseñanzas que "lo habrían conducido a la carrera eclesiástica que pensaba seguir, y entonces fue cuando la orfandad y la pobreza lo llevaron a servir como atajador de mulas o arriero, ayudando en sus tareas a su tío Felipe Morelos.

En sus andanzas de arriería, cada vez que llegaba a Valladolid, llevaba pequeños regalos a su madre, a su hermana María Antonia y a su hermano Nicolás.

Los documentos relativos a la vida de Morelos han sido desde hace tiempo motivo de constantes investigaciones, sorpresas y decepciones. Muchos de ellos se han desvanecido por falta de autenticidad, otros carecen de verdadera importancia, pero en ocasiones se encuentran rasgos dignos de recordación que con el tiempo irán perfeccionando y detallando la gran figura histórica del caudillo insurgente. Especialmente, los archivos de la ciudad de Morelia han sido explorados y entre otros el distinguido escritor J. Rubén Romero ha tenido la fortuna de encontrar referencias documentales dignas de atención.

Según estos datos, la madre de Morelos se vio acosada por la miseria a la muerte de su esposo, el modesto carpintero Manuel Morelos, y puso al huérfano José María bajo la autoridad de su tío Felipe Morelos, quien de acuerdo con sus posibilidades económicas no encontró más acomodo para José María que la ocupación de cuidar unas vacas por el rumbo de Zinduri, con las naturales consecuencias y percances de la vida de pastor. Un poco más adelante el adolescente fue dedicado, como es sabido, a la arriería, y tal vez en estos viajes se detuvo en alguna ocasión en la puerta de alguna parroquia de pueblo y se sintió atraído por las bellezas de las ceremonias del culto cristiano. En las horas de descanso comenzó a leer su gramática latina y a pensar en el cambio definitivo de su vocación para matricularse en el colegio de San Nicolás.

Es casi seguro que cuando menos aprendió a leer y escribir antes de entregarse a las tareas de atajador, porque desde los catorce años

hasta los veinticinco trabajó como vaquero en la Hacienda de Teuexco (Tahuejo?) y entonces, en 1790, empezó sus cursos de gramática latina y de retórica en la escuela parroquial. En consecuencia, podemos suponer que de su existencia de campesino le quedó alguna huella más profunda que la cicatriz causada por el "golpe que se dio contra la rama de un árbol, persiguiendo a caballo a un toro" de lo cual dio noticia don Nicolás Bravo a don Lucas Alamán. No tenemos datos de los libros folletos o papeles que ocasionalmente estuvieron en sus manos, pero algo tuvo que leer en sus seis años de arriería y sus once de vaquero, para no olvidar sus primeras letras y entrar al estudio del latín y la retórica.

En 1792 solicitó entrar en el colegio de San Nicolás en calidad de capense. Esta última palabra llamó la atención de don Ezequiel Chávez, y como no la encontró en el Diccionario de la Real Academia supuso que podría referirse a los estudiantes que por único equipaje tenían una capa, o sea, como en el caso de Morelos, a los alumnos muy pobres. En otros textos se lee que Morelos fue capeño externo, y el término capense se consigna en algunos diccionarios como americanismo o mexicano, para definir a los alumnos que estudiaban sin residir en el colegio. A los alumnos internos se les llamaba de manto y beca.

En esta ocasión encontramos mayores datos sobre su familia, y así aparece que el nombre completo de su madre era Juana María Guadalupe, lo cual se ha juzgado fundadamente como un indicio de la fuerza y popularidad de la tradición guadalupana, que tan claramente se destacó en el movimiento de la Independencia. Sus abuelos paternos eran don Guillermo y doña María Luisa Morelos, y los maternos eran don José Pavón y doña María Guadalupe Estrada. Más tarde habría de agregar que su abuelo José Antonio tuvo escuela en Valladolid.

La urgencia de formar un cuerpo numeroso de curas para lugares apartados y pobres, le permitió ordenarse con muy escasos estudios. Trabajando días y noches, primero en el Colegio de San Nicolás y después en el Seminario Tridentino, hizo sus cursos de filosofía y de moral, como se entendían estas asignaturas en los institutos claustrales de la época; filosofía de escolástica y moral de catecismo. Conservó en la memoria los nombres de sus maestros don Jacinto Moreno, que le enseñó gramática; don Vicente Peña, filosofía, y el doctor don José Ma. Pisa, teología moral.

Este último es autor de un testimonio interesante, que viene a descubrir la existencia de un triunfo escolar de Morelos. En un cer-

tificado que firma el propio doctor Pisa, como catedrático de teología moral en el Seminario Tridentino, aparece que el futuro generalísimo, al acabar "sus cursos de Filosofía, en los que sacó primer lugar", pasó con el firmante a estudiar teología moral. Agrega el certificado que Morelos dejó de asistir a la cátedra para recibir el grado de bachiller en artes por la Universidad de México, que efectivamente recibió; que después de más de veinte días volvió a su curso; que se "porta con formalidad y que es mozo de esperanzas".

En esta época fue cuando Morelos hizo su primera entrada en la ciudad de México, en un rápido viaje de unos cuantos días, para recibir el dicho grado de bachiller en artes, previo examen que sustentó el 28 de abril de 1795, después del cual recibió su grado de manos del doctor y maestro Alcalá.

Lo que él escribió de su puño y letra, sin el estorbo de secretarios particulares, y sus dichos y palabras auténticas, permiten creer que realmente no hubo proporción entre la grandeza de su alma y la relativa escasez de su cultura. Pero también es preciso rectificar la idea, generalmente aceptada, que representa a Morelos como un arriero sin letras hasta su edad adulta; como un oscuro estudiante que pasó de prisa y sin brillo por el Colegio de San Nicolás, sin que se tengan en cuenta sus estudios en el Seminario Tridentino: y, por último, como un cura de aldea, ilustrado apenas con las nociones elementales que exigía un ministerio.

Entre los libros que leyó Morelos recordó en 1815 los de "Grocio, Echarri, Benjumea, Montenegro y otros". Respecto al primero de estos autores, don Ezequiel Chávez, opinó que no fue sin duda Hugo Grocio, el famoso jurista, que aunque de espíritu conciliador y amplio pensamiento, había sido protestante y autor de una historia de los Países Bajos y de su emancipación de España, dos motivos suficientes para que su libro no fuera admitido como texto en el Colegio de San Nicolás. Y supuso que podría tratarse de un estudio sobre la personalidad de Hugo Grocio, o más bien, la obra de otro Grocio insigne, Gerardo el neerlandés, el Gran Gerardo del siglo xiv, el fundador de la nueva orden agustiniana de la Sociedad de los Hermanos de la Vida Común a quien tanto admiraba Tomás de Kempis. Esta suposición nos parece un poco aventurada, y tal vez nacida de la inclinación mística que sufrió o gozó en sus últimos años el que fuera antaño distinguido positivista. Y hasta podemos a nuestra vez suponer que la alusión al "Gran Gerardo" (Groot o Groote) obedeció más

bien al deseo de buscar hondas y ocultas influencias religiosas en el espíritu de Morelos, al mismo tiempo que a una especial y personal simpatía por aquel remoto teólogo que se convirtió casi en santo después de una vida de extravíos, que fue predicador y fundador de una orden nueva y acabó su vida en un monasterio de cartujos. La obra conocida de este monje es una traducción de su maestro Ruysbroeck, igualmente famoso teólogo.

En cambio, de Hugo Grocio, más que su historia de los Países Bajos, se conocen sus tratados sobre el "Mar Libre" y sobre "El Derecho de Guerra y de Paz".

Cualquiera de éstos pudo haber leído Morelos durante su vida de estudiante. Y aun es más probable que fuera el libro de otro Grocio famoso, Guillermo, hermano de Hugo, autor de unos *Principios de Derecho Natural*. (Enchiridion de Principiis Juris Naturalis), que caben dentro del cuadro de la enseñanza en un colegio como el de San Nicolás en aquella época.

El nombre de Benjumea corresponde seguramente al doctor Blas del propio apellido, definidor y examinador de la Orden de San Francisco y autor de varios tratados de filosofía y teología que hoy son casi desconocidos.

Estas referencias no se anotan por vana curiosidad, sino para advertir que no es posible comprobar los orígenes del pensamiento de Morelos en los pocos libros que le sirvieron en sus estudios sacerdotales. Sus ideas básicas sobre lo que podríamos llamar filosofía política, no pueden haberle llegado más que por contagio del mismo ambiente en que se formaron las ideas de don Miguel Hidalgo y se incubaron las conspiraciones de Valladolid y de Querétaro.

No fue, sin duda, un escolar distinguido ni un clérigo letrado y estudioso, pero su ignorancia no pudo ser tan larga ni tan completa como ha llegado a creerse. Las noticias que ya hemos consignado comprueban que antes de iniciarse en la carrera eclesiástica recibió alguna instrucción, indispensable para ser admitido en colegios superiores. Hasta el año 1797 siguió sus tareas, al mismo tiempo educativas y religiosas, y obtuvo, mediante exámenes y sujetándose a las pruebas reglamentarias, las órdenes menores y mayores, recibiendo, sucesivamente, las investiduras de subdiácono, diácono y presbítero.

Antes de ascender al presbiterado, vivía Morelos, ya fuera del Seminario, en Valladolid, en compañía de su madre y de su hermana Antonia, y ocupaba una casa menos que modesta en la primera cua-

dra de la calle de Mira al Llano. Su posición pecuniaria era tan difícil, que para poder continuar su carrera tuvo que aceptar el ofrecimiento del cura de Uruapan, bachiller Nicolás Santiago de Herrera, quien lo llevó a su parroquia para que enseñara gramática y retórica a los niños aprovechados que debían pasar a escuelas superiores. Desde el mes de enero de 1796 hasta el de febrero de 1798, desempeñó en Uruapan las funciones de preceptor y clérigo diácono. Precisamente, al solicitar su admisión al diaconado, pidió la exención de algunos trámites de pura forma, por necesitar atender a sus discípulos.

En cuanto a sus condiciones de maestro de niños, sólo podemos juzgarlas por el testimonio del mismo cura de Uruapan, quien certifica que Morelos no sólo cumplió sus obligaciones eclesiásticas con decoro y solicitud, sino también sus deberes de preceptor con empeño y eficacia.

Además de las nociones que pudo recoger en sus cátedras, aprendió un poco de latín para decir la misa y colocar más tarde citas hasta en su correspondencia privada, sin que se distinguieran nunca por la corrección su vocabulario ni su ortografía. No fue por falta de capacidad, porque lo poco que le enseñaron lo grabó tan profundamente en su espíritu, que al contestar los cargos del fiscal en su proceso de la inquisición todavía pudo defenderse citando razonamientos de uno de sus libros de texto.

En cambio, para la formación de su alma, como preparación de su futuro, encontró en el maestro y después rector del Colegio de San Nicolás, don Miguel Hidalgo, un verdadero guiador. Aunque no fue realmente su discípulo directo, pues no le tocó asistir a sus cátedras, ni parece que hayan tenido relaciones íntimas, ni era posible que el rector de un instituto con numerosos educandos, donde había muchos distinguidos, fijara especialmente su atención en un alumno poco brillante, la influencia decisiva de Hidalgo y el respeto que le guardó siempre Morelos, indican que el caudillo recibió de su rector el germen de sus ideas políticas y sociales.

Aquel maestro amable y culto, afecto a las serenas discusiones de colegio y a las conversaciones especulativas, de lenguaje fácil e insinuante, modelo de refinamiento y de saber en el ambiente medieval de su tiempo, al conversar con los educandos mayores dejó tal vez caer, entre postulados expuestos para refutación, novedades

con apariencia paradójal y narraciones y hechos nuevos y desconcertantes, los gérmenes que, en la mayor parte de sus oyentes, futuros obispos y curas, encontraron terreno estéril, pero que florecieron copiosamente en el alma de aquel estudiante ya hecho hombre, apto para recibir las ideas y arraigarlas con firmeza en su espíritu, un poco rudo y primitivo.